

parte del pequeño escuadrón de caballería, y los mas de los arcabuceros. Solo llevó con él setenta soldados; pero eran de los mas bizarros del ejército, y sus mas firmes adictos. Iban ligeramente armados, y embarazados con el menos bagaje posible. Todo dependía de la celeridad de los movimientos.

Montezuma en su real litera llevada por los nobles, y escoltado por toda la infantería española, acompañó al general hasta la calzada. Allí abrazándose de la manera mas cordial, se separaron con muestras exteriores de mútuo sentimiento. Era cerca de mediados de mayo de mil quinientos veinte, mas de seis meses despues de la entrada de los españoles en Méjico. En este tiempo habian dominado el país con absoluto imperio, é iban entonces á dejar la ciudad con aparato hostil no contra enemigos indios, sino contra sus compatriotas. Era el principio de una larga carrera de calamidad, alternada con parciales triunfos que debian recorrer antes de que pudiera completarse la conquista (27).

relaciones juradas de ciertos testigos en cuanto al manejo del real quinto por Cortés, se dice que se dejaron en la capital al mando de Alvarado, ciento cincuenta soldados. (Probanza fecha en la nueva España del mar océano á pedimento de Juan Ochoa de Lexalde, en nombre de Hernando Cortés, MS.) El cálculo de la edicion mejicana, es incuestionablemente errado.

(27) Carta de la Villa de Veracruz al emperador, MS. Esta carta sin data, se escribió probablemente en 1520.—Véase tambien para el contenido de las páginas anteriores, la probanza fecha á pedimento de Juan Ochoa, MS.,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 9, cap. 1, y 21; lib. 10, cap. 1,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 119 y 120,—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 112—115,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

## CAPITULO VII.

BAJA CORTES A LA COSTA.—NEGOCIA CON NARVAEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—CUARTELES DE NARVAEZ.—ES ASALTADO POR LA NOCHE.—NARVAEZ DERROTADO.

1520.

Caminando la pequeña division por la calzada del sur por la cual habia entrado á la capital, continuó luego su marcha por el hermoso valle. Atravesó la cadena de montañas que la naturaleza habia tan ineficazmente extendido alrededor de él: pasó por entre los elevados volcanes, semejantes á dos desleales guardias que han dormidose en su puesto: atravesó los intrincados desfiladeros donde antes habia experimentado tan frio y tempestuoso tiempo; y saliendo al otro lado, bajó por la falda occidental donde comienza á extenderse la fértil llanura de Cholula. Poco caso hacian los soldados de lo que veian en su rápida marcha, y de si el tiempo era caluroso ó frio. La ansiedad de su espíritu los hacia indiferentes á los males exteriores; y afortunadamente no tenian que temer ningunos por parte de los nativos, pues el nombre de español tenia un efecto mágico; era mejor defensa para el que lo llevaba que la celada ó el escudo.

En Cholula tuvo Cortés la inexplicable satisfaccion de encontrar á Velazquez de Leon, con los ciento veinte soldados confiados á su mando para la formacion de la colonia. Este valiente oficial habia estado algun tiempo en aquella ciudad esperando la llegada del general. Si no hubiera venido se habria desgraciado la empresa de Cortés (1). La idea de resistir con solo un puñado de hombres, hubiera sido quimérica. Con la fuerza de Velazquez se habia triplicado su tropa, y adquirió una confianza proporcionada al aumento.

Abrazando cordialmente á sus compañeros de armas, ligados entonces mas estrechamente que nunca por la proximidad de un peligro comun, las tropas unidas atravesaron con paso apresurado las calles de la sagrada ciudad, donde multitud de ruinas y escombros anunciaban todavia la desastrosa visita que le habian hecho el verano anterior. Siguiéron el camino real de Tlascala, y no muchas leguas distante de esta capital, encontraron al padre Olmedo y á sus compa-

(1) Así lo dice Oviedo y con verdad: „Si aquel capitan Juan Velazquez de Leon no estuviera mal con su pariente Diego Velazquez, é se pasara con los 150 hombres, que habia llevado á Guazacalco, á la parte de Pánfilo Narvaez su cuñado, acabado hubiera Cortés su oficio.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12

ñeros que volvian del campo de Narvaez, al que, segun se dijo, marcharon como enviados. Traia el eclesiástico una carta de aquel comandante, en la que intimaba á Cortés y á su ejército se sometieran á su autoridad como capitán general del país, amenazándolos con el condigno castigo, en caso de que rehusaran hacerlo, ú opusiesen algun obstáculo. Refirió Olmedo muchos pormenores curiosos en cuanto al estado del campo enemigo. A Narvaez le describía como soberbecido con su autoridad, y negligente en tomar precauciones contra un enemigo que despreciaba. Rodeábanle varios y presuntuosos oficiales que adulaban su orgullo, y cuyo altivo lenguaje, el buen eclesiástico que tenia talento para el ridículo, imitó con no poca diversion de Cortés y de sus tropas. Muchos de los soldados, dijo, no mostraban adhesión hácia su gefe, y se oponian fuertemente á un rompimiento con sus compatriotas; sentimiento promovido en gran parte por las noticias que habian recibido del general, por los argumentos y promesas de su enviado, y por la liberal distribución del oro con que se le habia provisto. Además de esto adquirió Cortés muy importantes noticias respecto de la posición del enemigo y su plan de operaciones.

En Tlascalca fueron recibidos los españoles con una franca y generosa hospitalidad. No se dice si algunos de los aliados tlascaltecas vinieron acompañándoles desde Méjico; mas si lo hicieron, no pasaron de su ciudad nativa. Pidió Cortés un refuerzo de seiscientos hombres para auxiliarle en la expedición que iba á emprender; y si bien se le concedió inmediatamente, antes de que se hubiera alejado el ejército muchas millas, desertaron los indios auxiliares, uno despues de otro, y volvieron á su capital. No tenían animosidad personal que satisfacer en esta ocasion como en la guerra con Méjico; y puede ser tambien, que aunque intrépidos en la campaña con las razas indias mas valientes, tenían una experiencia demasiado fatal del valor de los hombres blancos para intentar volver á medir con ellos sus armas. A la mayor brevedad desertaron en tal número, que despidió Cortés el resto, diciéndoles con el mejor buen humor, „que mas bien queria separarse de ellos entonces, que en la hora del peligro.”

Pronto entraron las tropas en aquel árido terreno de las cercanías de Perote, donde se nota el efecto de las materias volcánicas, formando un singular contraste con el aspecto general de belleza de que está revestido el país. No pasó mucho tiempo sin que tuvieran el gusto de ver llegar á Sandoval con cerca de sesenta soldados de la guarnición de Veracruz, incluso varios desertores del enemigo. Era un importante refuerzo, así por el número de hombres, como por el carácter del comandante, uno de los mas hábiles capitanes del ejército bajo todos aspectos. Habia tenido precisión de dar una gran vuelta, y se habia abierto paso por espesos bosques y escarpadas montañas, hasta que afortunadamente llegó al lugar señalado para la reunión, y volvió á colocarse bajo las banderas de su gefe (2).

(2) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 123 y 124.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 115-117.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib., 33, cap. 12.

En este mismo lugar encontró á Cortés el español Tovillos, á quien habia enviado á Chinantla con el fin de procurarse las lanzas de que se ha hablado. Estaban perfectamente hechas, con arreglo al modelo que se le dió; lanzas de dos puntas de cobre y de gran tamaño. Tovillos enseñó á los soldados el ejercicio de esta arma, cuyo formidable uso, en particular contra la caballería, se habia demostrado satisfactoriamente á fines del siglo pasado, por los batallones suizos en sus encuentros con la caballería borgoñona, la mejor de Europa (3).

Pasó entonces Cortés revista á su ejército, si tan pequeña fuerza puede llamarse así; y encontró que se componia de doscientos sesenta y seis hombres, de los cuales solo cinco iban montados. Distribuyéronse entre ellos unos cuantos fusiles y ballestas; en cuanto á armadura defensiva estaban sumamente escasos. La mayor parte llevaba la gruesa cota de algodón del país, llamada *escupil* y recomendada por su mucha ligereza, la cual aunque suficiente para resistir á la flecha del indio, era ineficaz contra la bala de fusil. Muchas de estas cotas estaban en estado de no poder repararse, probando con sus enormes aberturas, el duro servicio que habian hecho, y fuertes golpes que habian resistido. En este extremo, varios soldados hubieran dado cualquier precio, la mejor de las cadenas de oro que llevaban haciendo contraste con sus pobres vestidos, por un morrion ó coraza de acero con que substituir su rota y maltratada armadura (4).

Debajo de este tosco exterior, palpitaban corazones intrépidos y valientes cual nunca habian latido en pechos humanos; eran estos los héroes invencibles de muchas terribles batallas, en las cuales habia sido incalculable el número de sus enemigos. Tenian una larga experiencia del país y de sus habitantes, y conocian bien el carácter de su comandante, á cuya vista habian sido disciplinados y acostumbrados á ser siempre obedientes. Todo el ejército parecia constituir un solo individuo respecto de la unidad de designio y de acción. De esta manera se aumentó increíblemente su fuerza, y lo que no era menos importante, el mas humilde soldado lo creyó así.

Volvieron á emprender su marcha las tropas atravesando la cordillera, hasta que llegando al costado occidental, se disminuyeron sus trabajos al paso que descendian á los dilatados llanos de la tierra caliente que se extendia á sus piés como un océano sin límites de verdura. A unas quince leguas de Cempoala, donde como se ha dicho, tenia Narvaez sus cuarteles, los encontró otra embajada de este gefe. Componiase del eclesiástico Guevara, Andres de Duero, y otros dos ó tres

(3) Aunque las largas picas de los alemanes eran irresistibles contra la caballería, no fueron armas que pudieran medirse con la espada y escudo del español, en la gran batalla de Rabena dada en 1512. Maquiavelo hace algunas excelentes reflexiones sobre el mérito comparativo de estas armas. Arte della guerra, lib. 2, ap. Opere, tom. IV. p. 67.

(4) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 118.

„Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por un peto, ó capacete, ó casco, ó babera de hierro, diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habiamos ganado.” Cap. 122.

españoles. Duero, el amigo constante de Cortés, había sido la persona que mayor parte tuvo en obtener de Velazquez que le confiriera el mando de la expedición. Saludáronse con un estrecho abrazo, y no fué sino hasta después de una larga conversacion sobre asuntos privados, cuando el secretario manifestó el objeto de su visita.

Traía una carta de Narvaez concebida en términos algo diferentes de los de la anterior. Exigia, es verdad, el reconocimiento de su suprema autoridad en el país, pero ofrecía sus buques para transportar á todos los que quisieran salir de él con sus tesoros y efectos, sin ninguna molestia ó exámen. La liberalidad de estas ofertas, debe sin duda atribuirse á la discrecion de Duero. El secretario instó vivamente á Cortés para que las aceptara, como las mas favorables que podia obtener, y como la única alternativa que podia proporcionarle seguridad en su desesperada situacion; „pues por valientes que sean vuestros soldados,” díjole, „¿cómo pueden esperar hacer frente á un ejército tan superior en número y equipo como el de sus antagonistas?” Pero Cortés tenía echada ya la suerte, y no era hombre que había de retroceder. „Si Narvaez trae alguna provision real,” contestó, „me someteré á él sin réplica; pero no ha presentado ninguna, es un enviado de mi rival Velazquez. En cuanto á mí, soy servidor del rey: para él he conquistado el país; y para él, yo y mis bravos soldados lo defenderemos hasta derramar la última gota de sangre. Si sucumbimos, bastante gloria nos resultará de haber perecido en el cumplimiento de nuestros deberes” (5).

Su amigo debió verse embarazado para comprender cómo se apoyaba la autoridad de Cortés en un fundamento diverso del de Narvaez; y si ambos la habían obtenido del mismo superior, esto es, del gobernador de Cuba, ¿por qué este dignatario no había de tener facultad de remover á un oficial suyo por algun motivo de disgusto, y nombrar un substituto (6)? Pero Cortés se valió

(5) „Yo les respondí, que no via provision de vuestra alteza, por donde le debiese entregar la tierra; é que si alguna traía, que la presentase ante mí, y ante el cabildo de la Veracruz, segun orden, y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer, y cumplir; y que hasta tanto, por ningun interese, ni partido haria lo que él decia; antes yo, y los que conmigo estaban, moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado, y tenido por vuestra magestad pacífica, y segura, y por no ser traidores y desleales á nuestro rey.... Considerando, que morir en servicio de mi rey, y por defender, y amparar sus tierras, y no las dejar usurpar, á mí, y á los de mi compañía se nos seguia farta gloria.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 125-127.

(6) Tales son las reflexiones naturales que hizo Oviedo algunos años después, discutiendo sobre este asunto. „E tambien que me parece donaire, ó no bastante la excusa que Cortés da para fundar é justificar su negocio, que es decir, que el Narvaez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés hubiera ido á aquella tierra por mandado de S. M. ó con mas, ni tanta autoridad como llevaba Narvaez; pues que es claro é notorio, que el adelantado Diego Velazquez, que envió á Cortés, era parte, segun derecho, para le enviar á remover, y el Cortés obligado á

entonces de la ficcion legal, si así puede llamarse, de que la comision que renunció ante la municipalidad de Veracruz, nombrada por sí misma, había vuelto á recibirla de la corona por medio de este cuerpo. El ardid era demasiado claro para que pudiera engañar á otros que no fueran aquellos que quisieran estar ciegos. Los mas del ejército, eran de este número. Parecia que á ellos les infundía mucha confianza, de la misma manera que una tira de lona pintada, substituida como lo ha sido algunas veces, á un verdadero parapeto de piedra, se ha visto que no solamente ha engañado al enemigo, sino dado á los defensores ocultos detras de ella, una especie de valor artificial (7).

Cuando en Cuba tomó Cortés el mando de la expedición, convino con su amigo Duero, en que tendría una parte considerable de las ganancias. Dícese que en la ocasion de que se trata, confirmó Cortés este arreglo, de cuya manera convirtió en interes del otro el que triunfara en la lucha con Narvaez. Era este un punto importante considerando la posicion del secretario (8). De tan auténtica fuente obtuvo el general, respecto de los designios de Narvaez, muchas noticias que se habían escapado á Olmedo. Al partir los enviados entregó Cortés una carta para su rival, concebida en los mismos términos que la que de él recibió. Esta especie de negociacion manifestaba el deseo de dilatar, si no de cortar las hostilidades, lo cual podia adormecer la vigilancia de Narvaez.

En la carta intimaba á éste y á los que le seguían, se presentaran ante él sin dilacion, y reconocieran su autoridad como representante del soberano. De lo contrario se veria precisado á proceder contra ellos como rebeldes á la corona (9). Con esta carta cuyo tenor orgulloso le convenia usar tanto por sus tropas como por las del enemigo, despidió Cortés á los comisionados que volvieron á participar á sus camaradas su admiracion por el general, y la ilimitada liberalidad de éste, de la cual tuvo él buen cuidado de que recibieran amplias pruebas, extendiéndose en hablar sobre la riqueza de sus soldados, quienes sobre su miserable traje, ostentaban una profusion de joyas, adornos de oro, collares y macizas cadenas, que daban vuelta varias veces á sus cuellos y cuerpos; el rico despojo del tesoro de Montezuma.

le obedecer. No quiero decir mas en esto por no ser odioso á ninguna de las partes.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

(7) Mariana en la Historia de España, refiere mas de un ejemplo de este ardid, aunque se han borrado de mi memoria los pasajes donde habla de él.

(8) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 119.

(9) „E asimismo mandaba, y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas, que con el dicho Narvaez estaban, que no tuviesen, ni obedeciesen al dicho Narvaez por tal capitán, ni justicia; antes, dentro de cierto término, que en el dicho mandamiento señalé, pareciesen ante mí, para que yo les dijese, lo que debían hacer en servicio de vuestra alteza: con protestacion, que lo contrario haciendo, procedería contra ellos, como contra traidores, y alevos, y malos vasallos, que se rebelaban contra su rey, y quieren usurpar sus tierras, y señoríos.” Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 127.

Seguio el ejército su camino por los dilatados llanos de la tierra caliente, en la cual habia agotado la naturaleza todos los primores de la creacion. Estaba entonces mucho mas cubierta que ahora de nobles selvas, donde el elevado árbol del algodón silvestre, producto de algunos siglos, estaba lado á lado con la ligera caña ó el platanar, fruto de una estacion, que cada una en su clase atestiguaba la maravillosa fertilidad del suelo, mientras que innumerables florecillas enlazándose en las gigantescas ramas, colgaban ondeando sobre sus cabezas en hermosos festones, y perfumando el aire con su olor esquisito. Pero no eran sensibles los españoles á los deliciosos encantos de la naturaleza; su imaginacion estaba ocupada de una sola idea.

Atravesando una extensa pradera, fué al fin detenida su marcha por un río, ó mas bien arroyo, llamado „Río de Canoas,” que por lo comun no tenia un gran caudal de aguas, pero que en aquella vez estaba aumentado por excesivas lluvias. Habia llovido mucho aquel día, aunque en intervalos se habia mostrado el sol con intolerable ardor, ofreciendo una buena prueba de las alternativas de calor y humedad que dan tanta fuerza á la vegetacion en los trópicos, donde la operacion metódica de madurar temprano parece que va siempre en aumento.

Cerca de una legua distaba el río del campo de Narvaez; y antes de buscar un lugar á propósito para vadearlo, permitió Cortés á los soldados recuperasen sus agotadas fuerzas reclinándose sobre la tierra. Habia extendido la noche su umbroso velo, y la naciente luna, esparciendo por entre las obscuras nubes su plateada luz, brillaba con una dudosa é interrumpida claridad. No habia aun desatado su furia la tempestad (10), lo que no pesó á Cortés. Resolvióse á dar el asalto aquella misma noche, pues la obscuridad y confusion de la tormenta contribuirían eficazmente á ocultar sus movimientos.

Antes de manifestar su plan, dirigió á los soldados uno de aquellos elocuentes y marciales discursos á que sabia recurrir en urgencias de gran momento, para tocar las fibras mas delicadas de su corazón, y reanimar con su heroico valor á los que vacilaran. Recapituló brevemente los grandes acontecimientos de la campaña, los peligros que habian arrostrado, las victorias que habian obtenido sobre enemigos tan superiores en número, el glorioso despojo que habian ganado. De todo iban á ser privados, no por hombres que tuvieran autorizacion legal de la corona, sino por unos aventureros, sin otro título que la superioridad de sus fuerzas. Tenian ellos derecho á reclamar la gratitud de su país y de su soberano, y lejos de esto iban á ser deshonorados; sus mismos servicios iban á ser convertidos en crímenes, y sus nombres cubiertos de infamia como el de unos traidores. Pero habia llegado ya el tiempo de la venganza. Dios no desampararia al soldado de la cruz: no dejaria sucumbir á los que la habian conducido victoriosa despreciando grandes peligros; y si salian vencidos, era mucho mejor morir como valientes en el campo de batalla, que perecer ig-

(10) „Y aun llovia de rato en rato, y entonces salia la luna, que cuando allí llegamos hacia muy oscuro y llovia, y tambien la escuridad ayudó.” Hist. de la conquista, cap. 122.

nomiosamente en el patíbulo, como esclavos, perdiendo su fama y fortuna. Insistió mucho sobre este punto, conociendo muy bien que no habia uno entre ellos tan estúpido, que no se entusiasmara al hablarle de él.

Respondieron los soldados con estrepitosas aclamaciones, y Velazquez de Leon y Lugo á nombre de los demas, aseguraron á Cortés, que si sucumbia, seria culpa de él y no suya, pues estaban dispuestos á seguirle adonde quiera que los condujese. Quedó el general plenamente satisfecho del ánimo resuelto de sus soldados, y conoció que la dificultad que se le presentaba, no consistia en avivar su entusiasmo, sino en saberlo dirigir bien. Es muy notable que no aludiera á la defeccion que existia en el campo enemigo; reservaba esto como el último recurso, queriendo que sus soldados confiaran en sí mismos.

Manifestó su intento de atacar al enemigo aquella misma noche, cuando estuviera sumergido en el sueño, y la favorable obscuridad de la noche extendiera un velo sobre sus movimientos, y ocultara la cortedad de su número, á lo que accedieron gustosamente las tropas, no obstante lo fatigadas que estaban por la no interrumpida marcha y lo oprimidas que se hallaban del hambre; en su situacion, la demora seria el mayor de los males. Distribuyó en seguida el mando entre sus capitanes. A Gonzalo de Sandoval le encomendó la importante empresa de apoderarse de Narvaez. Como alguacil mayor ordenó que aprehendiera á este oficial por rebelde á su soberano, y que si hacia resistencia le diera muerte en el acto (11). Puso á sus órdenes sesenta hombres escogidos para esta dificultosa empresa, sostenidos por varios de los mas hábiles capitanes, entre quienes se contaba á dos de los Alvarados, á Avila y á Ordaz. Dió el mando de la mayor parte de la fuerza á Cristóbal de Olid, ó segun algunos escritores, á Pizarro, uno de la familia tan célebre en la subsiguiente conquista del Perú. Debia procurar apoderarse de la artillería, y cubrir el asalto de Sandoval, distrayendo á aquellos de sus enemigos que pudieran impedirlo. Solo reservó Cortés veinte hombres para acudir al punto que fuera necesario. La señal era la palabra „Espíritu Santo,” por ser la noche del día de Pentecostés. Habiendo tomado estas determinaciones, se preparó á vadear el río (12).

Durante el tiempo ocupado por Cortés de la manera que se ha visto, habia Narvaez permanecido en Cempoala, pasando sus días en frívolos y ociosos pa-

(11) El procurador de Narvaez en la queja que presentó á la corona, se extiende en hablar sobre la diabólica enormidad de estas instrucciones. „El dicho Fernando Cortés como traidor alevoso, sin apercibir al dicho mi parte, con un diabólico pensamiento é infernal osadía, en contemto é menosprecio de V. M. ó de sus provisiones reales, no mirando ni asattando la lealtad que debia á V. M., el dicho Cortés dió un mandamiento al dicho Gonzalo de Sandoval para que prendiese al dicho Pánfilo de Narvaez, é si se defendiese que lo matase.” Demanda de Zavallos en nombre de Narvaez, MS.

(12) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12 y 47.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 122.—Herrera, Hist. general, déc. 2. lib. 10, cap. 1.